

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

6 rs. por trimestre en Madrid. Administración, Jardines, 11, librería.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los tome y el que no los deja), acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos ó libranzas á la Administración.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

AL PRINCIPE ALFONSO.

ADVERTENCIA.

Ya tenemos reimpresso y á disposición del gran número de personas que lo desea, para conservar la coleccion de EL CASCABEL, el número 4.º de este periódico.

Los suscritores cuyo abono termina en este mes, deberán renoverlo oportunamente.

EL FRÁ.

PRELIMINARES.

Habría podido titular este artículo: *Lo que el frá piensa de quien lo lleva.*

No habiéndolo titulado así, ignoro absolutamente por qué razón me veo en la necesidad de consignar que eso es lo que he querido decir.

Y despues de estas líneas, que son completamente inútiles, cedo la palabra á mi principal y único personaje.

EN UNA REUNION.

¡Tonto de remate! ¡sándio, contonéame, date importancia conmigo, hombréate con los que son mas que tú, toma todo el aire, á mas del colado que puede que te tome á tí á la salida, de un hombre elegante, acostumbrado á tratar con la aristocracia y hasta buen mozo!...

EN LA VICARIA.

¡Pobre muchacha! ¡Me dá lástima! ¡Si yo pudiera decirle al oído: «No haga V. ese disparatelo!»

Pero nó; ya es tarde en el mundo, en el mundo de los dichos, ya está la pobre perdida para siempre.

EN LA ANTESALA.

¡Ah! ¡qué desgracia es ser frá y tener conciencia!

¡Ah! ¡aquí llega el ministro! ¡Saludemos.—El mejor día salto por la costura de la espalda, cansado como estoy de hacer cortesías.

EN UN ENTIERRO.

—¡Pobre Juan!

—¡Qué talento tenía!

—¡Es una pérdida irreparable!...

—Mi dueño, mi hombre, mejor dicho, yá de grupo en grupo con las exclamaciones que dejo copiadas y otras muchas mas.

—¡Hipócrita!

—Cualquiera que le oyese, creeria que era amigo íntimo, casi hermano del difunto.

—¡Mas veces le he oido hablar mal del difunto cuando este no le era!

EN LA VICARIA.

Entonces decía: ¡Fulano es tonto! ¡Yo no sé por qué le han dado ese destino á Fulano! ¡Este hombre es una calamidad! ¡Siempre se lleva las plazas en que yo pongo el ojo y la intención!

—Mi dueño no se dice que se alegra de la muerte de su amigo, pero como está dentro de mí, advierto perfectamente que respira con cierta satisfacción, y oigo el tic-tac de su corazón, que parece que brinca de gusto.

EN LA ANTESALA.

¡Ah! ¡qué desgracia es ser frá y tener conciencia!

¡Ah! ¡aquí llega el ministro! ¡Saludemos.—El mejor día salto por la costura de la espalda, cansado como estoy de hacer cortesías.

EN UN ENTIERRO.

—¡Pobre Juan!

—¡Qué talento tenía!

—¡Es una pérdida irreparable!...

—Mi dueño, mi hombre, mejor dicho, yá de grupo en grupo con las exclamaciones que dejo copiadas y otras muchas mas.

—¡Hipócrita!

—Cualquiera que le oyese, creeria que era amigo íntimo, casi hermano del difunto.

—¡Mas veces le he oido hablar mal del difunto cuando este no le era!

EN LA VICARIA.

—Pero, ¿ha visto V. qué ordinaria se ha vuelto la de Perez?

—Señora, se ha puesto insoportable.

—Y sus hijas, ¡qué tontas!

—Calle V., si son de lo que no hay.

—¡V. tan ocupado en el Congreso!

—Sí, señora, estoy ya harto de la diputacion...

—¿Y cuándo le veremos á V. ministro?

—Bien lo desean; pero yo no tengo mucho apego á la poltrona.

EN LA ANTESALA.

Un cuarto de hora estoy oyendo mentiras, calumnias, tonterías y vulgaridades en esta casa, y lo mismo me sucede en todas á donde me lleva mi dueño.

Yo me alegré de servirle cuando oí decir que era un hombre ilustrado, un personaje; pero aseguro á ustedes que, conociéndole íntimamente como ya le conozco, no hallaré nunca otro mas tonto y de mas mala intención.

EN UN ENTIERRO.

—Pero, ¿ha visto V. qué ordinaria se ha vuelto la de Perez?

—Señora, se ha puesto insoportable.

—Y sus hijas, ¡qué tontas!

—Calle V., si son de lo que no hay.

—¡V. tan ocupado en el Congreso!

—Sí, señora, estoy ya harto de la diputacion...

—¿Y cuándo le veremos á V. ministro?

—Bien lo desean; pero yo no tengo mucho apego á la poltrona.

EN LA VICARIA.

Esto me carga, señores. Mi dueño una noche es un marido bonachon, otra un calaveron deshecho, otra un asesino, otra un tonto—(esto lo es siempre de dia)—otra ministro, otra escribiente, etc., etc.

Pero lo que mas me carga es que todos dicen, hasta los periódicos, que mi dueño es muy elegante.

El elegante soy yo, que ni Caracuel ha hecho un frá mejor.

EN LA ANTESALA.

Y mi dueño ¡qué ingrato es conmigo! El se divierte grandemente, pero nunca me lleva á sus francachelas y comilonas.

Y él, que tantos aplausos saca, no me saca á mi uno siquiera.

EN UN ENTIERRO.

Desde que mi dueño se hizo homeópata, me lleva en coche.

Por supuesto que el baston y yo somos los que damos á mi dueño toda la importancia que tiene.

En un bolsillo llevo yo los globulitos.

Muchas veces me dan lástima ciertos enfermos, á quienes mi dueño dá cucharaditas homeopáticas.

Tales están ellos, que no es posible que los curen así.

Por de contado que si yo publicara el análisis que he hecho á mis solas de los tales globulitos!

Pero á nada conduciría.

Siempre que llegamos mi dueño y yo á la cabezera del enfermo, digo para mi forro: «¡La fé te salve!»

EN LA VICARIA.

Oye, dueño mio.—Ya puedes comprarte otra prenda, que yo me canso de que escribas tanto, y me queda ya muy poco pelo en la manga.

Y luego, como me tienes puesto todo el día, y hasta por la noche me echas de abrigo sobre la cama....

Ni por mi edad, ni por mi clase, estoy para tan continuo trabajo.

Conque, adquiere dinero y reemplázame, ó acuéstate hasta que lo tengas, y así estaremos los dos más descansados.

AL PRÍNCIPE ALFONSO.

¡Bien haya, niño, la aurora

feliz que te vió nacer!...

¡Bien haya el hidalgo pueblo
que en tí su esperanza vé!

Los Alfonsos, tus mayores,
virtud, valor y saber
tuvieron para su gloria
y de su pueblo también.

Y desde el Cielo te miran
con amor,—que tú has de ser
del pueblo que tanto amaron
legítimo amado rey.

Si al par que su nombre, heredas
sus virtudes, cuánto bien
al pueblo que en tí se mira
lograrás, Príncipe, hacer.

Y si lo harás,—que el ejemplo
bien cerca tienes á fé
en tu madre, que de España
amorosa madre es.

Buena madre tienes, niño,
buen pueblo tienes también—
una y otro bien merecen
un buen hijo y un buen rey.

¡Bien haya, niño, la aurora
feliz que te vió nacer!....
¡Bien haya el hidalgo pueblo
que en tí su esperanza vé!

LOS MENDIGOS.

Melius mori quam mendicare.

(Plauto.)

La mendicidad ha venido á ser un modo de vivir como otro cualquiera, más cómodo que otro cualquiera, porque es un modo de vivir de valde; y desde el pícaro Guzman de Alfarache acá, la profesion de mendigo ha hecho notabilísimos progresos, como todas las cosas de este mundo.

En la antigüedad, los mendigos eran gente miserable ó viciosa, nacida en la clase más ínfima de la sociedad, y que se arrastraba á pedir una limosna al poderoso y al acomodado, limosna que recibía ó no, y que le valía á veces incurrir en las penas con que se castigaba el vicio de mendigar.

Las leyes de aquellos tiempos, respecto de los mendigos, eran mucho mejores que las nuestras; sus resultados, á lo menos, lo demuestran.—Segun Herodoto; los egipcios no toleraban mendigos ni vagabundos; cada distrito tenía su juez de policía, á quien todo ciudadano daba anualmente cuenta de sus medios de subsistencia.—Lo mismo sucedía entre los griegos, á juzgar por estas palabras de Platon: «No hay mendigos en nuestra república, y si alguno ejerce este vergonzoso oficio, el magistrado le obliga á salir del país.»—Uno de los primeros deberes de los censores romanos era perseguir la mendicidad; y las leyes eran en este punto tan rigurosas, que consignaban testualmente que era mejor dejar morir de hambre á los mendigos vagabundos que socorrerlos, y hacerse así cómplice de su ociosidad; *Potius expedit inertes fame perire quam in ignavia favere.*—Los hospitales que Constantino fundó en favor de los cristianos libertados de la esclavitud, llegaron á ser en

cierto modo seminarios de la mendicidad, cuya plaga se extendió despues por toda Europa. Carlomagno, publicando edictos contra la mendicidad vagabunda, con prohibicion expresa de socorrer á mendigo alguno que no estuviera imposibilitado para trabajar, acabó por librar sus vastos Estados de gente abyecta, miserable y perdida; pero dos siglos despues, la fundacion y el ejemplo de una orden de religiosos dedicados á la limosna, hicieron reproducirse la raza de los mendigos. En la regla de unos y otros entraba la costumbre de vivir sin trabajar y á costa del prójimo. Los frailes pudieron hacer respetar sus reglas; los mendigos no han podido nunca legitimar las suyas.

Desde entonces acá, los gobiernos han procurado por diversos medios destruir la mendicidad, pero casi siempre lo han procurado en vano.

Hoy tenemos en España muchos establecimientos de beneficencia, y cada día la clase media, la aristocracia y el gobierno se ocupan con laudable celo en procurar el bienestar del pobre y el desvalido; sin embargo, hoy, como antes, es excesivo el número de pordioseros que molestan en las calles, en los paseos, en todas partes á los transeúntes.—Es que la mendicidad es el pretexto de los que tienen odio al trabajo, y también de los que tienen demasiado amor á la propiedad ajena.

Hay padres que obligan á sus tiernos hijos á que mendiguen en los cafés, en los paseos, en las puertas de los templos ó los teatros, y viven á costa del vergonzoso oficio que imponen á las pobres criaturas, quienes, sin recibir otra educacion, golpeadas frecuentemente por sus mismos padres, y aprendiendo que solo evitan el castigo el día que más dinero recogen, adquieren los peores instintos, y no es mucho si despues, á los quince ó veinte años empiezan á visitar las cárceles, y se acostumbran á pasar en ellas largas temporadas, para acabar despues con un grillete al pié, en un presidio, ó á manos de un verdugo, en el teatro de sus crímenes.

No es difícil hallar en las afueras de Madrid hediondos lupanarés donde se albergan numerosas partidas de mendigos, que tienen su gîte, y su sistema de operaciones, y la práctica de los vicios más repugnantes. Entre ellos suelen encontrarse ciegos con vista, cojos que corren como desesperados cuando llega la ocasion, y tullidos robustos y sanos como flamencos, y licenciados que nunca han sido militares, y madres de cinco ó más hijos á las que nunca ha dado la naturaleza la satisfaccion de verse reproducidas, muchachos llorones porque tienen en el hospital á sus padres, siendo lo cierto que no han tenido padres nunca, doncellas gitanas de esas que echan la buenaventura y la mano á todo lo que hallan á su alcance, y otros tipos que, aunque diferentes en la forma, son, por decirlo así, iguales en el fondo.

Para estas gentes están demás los asilos de beneficencia; como son generalmente útiles para el trabajo, y lo que precisamente les asusta es el trabajo, he aquí por qué consideran la mayor desgracia que puede sobrevenirles la de entrar en uno de los citados establecimientos, donde se dá abrigo y casa al pobre y no se le pide mucho, pidiéndole un poco de trabajo, cuando la edad ó las enfermedades no le postran y enervan sus fuerzas.

Hay otros mendigos que podrían vivir modestamente sin mendigar, pero en quienes el pedir es un vicio incorregible, una costumbre que por nada abandonarían; alguna que otra vez se encuentra uno de estos mendigos muerto en medio de una calle, ó en una sombría boardilla, y no es difícil que, registrando sus ropas, se tropiece con tres ó cuatro enzas, y á veces con mucho más, que el miserable guardaba, sin otro objeto que el de satisfacer el vil placer de poseerlas.

Un autor francés nos habla de un mendigo que todos los días se situaba en los Italianos ó en la calle de Provençe, en París, decentemente vestido, y á quien de dos á tres de la tarde se acercaba una criada que le servía, con objeto de anunciarle que ya estaba á punto la comida; una hora empleaba en comer aquel hombre, y luego volvía á su puesto y seguía pidiendo limosna hasta que, al anochechar, en invierno, tornaba la criada á llevarle un gabán de abrigo, ó un paraguas, cuando el tiempo estaba lluvioso; á las diez ó las once se retiraba gravemente á su casa, y el día siguiente volvía á presentarse como si tal cosa.

He dicho antes que en la antigüedad los mendigos eran gente miserable y abyecta, nacida en la clase más ínfima de la sociedad. Hoy, además de los mendigos de esta clase, tenemos otros mendigos que solo se diferencian de aquellos en que no piden una limosna por amor de Dios para comprar un panecillo; por lo demás, la calificación de mendigos les cuadra perfectamente.

Todos los hombres que faltos de merecimientos propios, se proponen medrar con la proteccion de los que ocupan distinguidas posiciones, son mendigos; como estos piden lo que nadie tiene obligacion de darles, lo que ellos no han ganado, y por consiguiente no han merecido.

Estos mendigos se humillan mucho más que los que piden una limosna en la calle al transeúnte.—Napoleon decía de cierto ilustre mendigo: «No sé en qué consiste que, teniendo este hombre ocho pulgadas de estatura más que yo, siempre que me habla tengo que bajarme para oírle.»

Estos mendigos tienen siempre en la memoria aquel vulgarísimo refrán: *Pobre porfiado saca mendrugo*; y en efecto, raro es el que al fin y al cabo no logra lo que desea, repitiendo de paso otro dicho vulgar: *Dame pan y dime tonto*.—Generalmente los hombres que se amoldan al carácter de quien les puede servir, y que sufren imperturbables los mayores desaires, y lo mismo que perros leales, lamen las manos que les ofenden, guardando á la vez el rencor y la venganza para cuando encuentran ocasion propicia, saltan por encima de los hombres de carácter digno, franco y leal que ni envidian ni se humillan al poderoso, que siguen su camino sin empeñarse en ponerse delante de los demás, ni en dejar atrás á ninguno.

Estos mendigos, que se llaman aduladores, tienen, justo es confesarlo, el talento que más necesita el hombre para vivir en sociedad; el talento de conocerse á sí mismos.—Resultado de este conocimiento, es el sistema que adoptan: ellos no pueden llegar por sí solos á lo que su ambicion desea; es preciso que los demás sean quienes les ayuden á llegar.

Para esto necesita el hombre renunciar á su independencia, llevar siempre el sombrero en la mano, acostumbrarse á esperar, llegar veinte veces á la puerta que diez veces ha encontrado cerrada, y en fin, como dice un sábio escritor francés, alargar una mano al señor y estrechar con la otra la del lacayo.

Bajo este punto de vista, en todas las clases de la sociedad hay mendigos; en la política, en la industria, en el comercio, en la literatura, en la milicia, en las artes, en todas las profesiones hay mendigos, que son generalmente las nulidades, los que carecen de condiciones de inteligencia y perseverancia para hacerse lugar, y se lo hacen, como si dijéramos, por amor de Dios.

El actor de quien el público no se acuerda, y á quien vé y oye con absoluta indiferencia, ¿qué es más que un mendigo cuando vá á pedir á un periodista un elogio?..

¿No es un mendigo el que hace una solicitud para que, sin que él haya hecho cosa notable, le concedan una cruz insignificante?

¿No lo es también el sastre que sitúa su tienda enfrente de la de otro y ofrece hacer una levita por un duro menos que aquel?

¿No mendiga también la mujer jóven y bella que recibe con halagüeño semblante y distingue más que á todos á un viejo millonario, solo porque este puede hacer la felicidad de la mujer con quien se case?

La frase que acabo de subrayar es muy comun entre las mujeres de la presente edad cuando tratan de un solteron lleno de dinero, años y vicios.—Esta frase demuestra por sí sola mejor que todos los estudios de costumbres que se escriben ahora y se han escrito antes, cuál es el verdadero espíritu del siglo.

¿No es un mendigo el gobernante caído por sus pecados ó sus torpezas, que con discursos ó manifiestos procura ganarse simpatías que le vuelvan á colocar en el perdido puesto?

¿No es un mendigo el buen mozo pobre que solicita casarse con una mujer rica?

¿No es también un mendigo el que hace ostentacion de ser amigo del poderoso, y desconoce al pobre, que algún día fué su amigo verdadero?

¿No es un mendigo el curandero ignorante, que

usurpa el título de médico, y anuncia en letras gordas que cura todas las enfermedades á un precio módico. Otros muchos ejemplos podría citar de mendigos, que no le parecen, pero que en rigor lo son, y mucho mas importunos y mas exigentes que los que piden limosna en los sitios públicos.—Algunos de estos últimos suelen morir de hambre; en cambio aquellos suelen morir de ahitos.

Por supuesto que el mendigo de esta clase que llega al logro de sus deseos, que consigue ver satisfecha su ambición, es después un monstruo de ingratitud para con los mismos á cuyos pies se arrastró algun dia, é indiferente á toda desgracia ajena, é incapaz de hacer por otro lo que alguna vez, á costa de su dignidad, solicitó que hicieran por él mismo.—El egoísmo mas repugnante es la base de todas sus acciones.

Para no ser mendigo, ni de una ni de otra clase, lo mejor es tener amor al trabajo, constancia y aliento para sufrir los reveses de la fortuna, y fe en la Providencia que, mas justa que los hombres, á cada cual dá lo que le corresponde.

FISIOLOGÍA DE LA NARIZ.

Existe en el mundo sábio una gran preocupacion que debe combatirse sin tregua; es ésta: *Los ojos son el espejo del alma.* Es decir, que los sábios y los que no lo son pretenden que en los ojos del hombre se pinta su pensamiento; que al hombre se le debe estudiar en los ojos.—Error! Lamentable equivocacion! Juzgar al hombre por los ojos, es no saber de la misa la media; los ojos son un órgano demasiado móvil, además de que pueden cerrarse á voluntad del individuo, precisamente en el momento en que otro los está observando, y engañar al mas sagaz y práctico observador. Hay en el rostro humano otro criterio de verdad, otro indicio mucho mas seguro, por medio del cual puede V. sorprender el pensamiento de su prójimo, seguirle, estadiarle, disecarle (el pensamiento, no el prójimo), y observar á sus anchas fácil y perfectamente durante todo el tiempo que quiera: este otro indicio es la nariz.—La nariz es, por decirlo así, un retrato en medio del rostro; se presenta completamente desnuda y desembarazada, á la observacion: no es susceptible de disfraz de ningun género. Bufon ha dicho

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

Los actores.

(Continuacion.)

—Si Felipe IV levantara un momento la cabeza, dije yo, el demonio me lleve si no llenaba un presidio con todos los autores que le han levantado falsos testimonios.
—¿Y el papel de la niña?... preguntó la mamá de la graciosa.
—La nodriza de la hija del rey.
—Eso es; ¿no lo dije yo?—esclamó la buena señora, no pudiendo disimular su disgusto.—¡A ver si mi hija tiene facha de ama de cría! ¡Digo! y lo menos que tendrá serán 30 años.
—Lo menos; la hija del rey tiene 18.
—Vaya, vaya! nosotros no podemos pasar por eso. Usted, añadió encarándose con la hija de Felipe IV, que ya es casada y sabe lo que son hijos, debe hacer ese papel.
—¡Yol! ¡Estaria bueno! ¡Y si D. José ó el autor me lo hubieran dicho, pase; pero solo porque V. lo diga.
—Pues mi hija me parece que no ha quedado para hacer esos papeles de gente mercenaria, de baja estraccion.
—Tiene razon esta señora, dijo el barba; esos papeles no cuadran á su hija, y debería cambiarse el reparto.
—¿Ve V. como el señor cree lo mismo que yo?
—Sí; por oír como ós poneis de ropa de pascua, murmuró el barba al oído de la característica:

que el estilo es el hombre; pero con mas razon podia haber dicho que la nariz es el hombre.—Ya creo que estarán VV. convencidos de que por este lado, por la nariz, se abre desde hoy un fecundo tesoro de observaciones fisiológicas.

Ningun hombre pasará delante de VV., ninguna mujer entrará en un salon, sin que puedan VV. decir con solo mirarles las narices: «Este hombre es un tonto, ó un genio; esta mujer es discreta ó coqueta ú otra cosa peor.» Con muy pequeños esfuerzos, la inspeccion de la nariz hará conocer á VV. hasta la profesion del individuo, tanto, que podrán VV. decir, sin preguntar á nadie, y siempre con la vista fija en la nariz ajena:—«Este es escribano, aquel prestamista, el de mas allá cesante, el otro médico, el de mas acá político.» Esta es una ciencia nueva, una ciencia que podria dar lugar á la mas bonita teoria. No le faltaria ningun elemento, ninguna garantía; pruebas históricas testimonio de los pasados siglos, todo lo tendria en su apoyo, si saliese un dia un hombre superior y laborioso, que se quisiera tomar el trabajo de consignar los hechos cuya autoridad puede reivindicar esta nueva ciencia. La forma de la nariz de Alejandro nos diria mejor que Quinto Curcio, cuál fué el verdadero carácter de aquel conquistador. Y en el exámen de las narices de Neron y Domiciano hallaríamos profundas observaciones que nos harian á Tácito completamente inútil. Es decir, que la historia del género humano no seria otra cosa que el conocimiento de la nariz, ó mas bien, la nariz seria la clave de la historia.

El asunto, como ven VV., no puede ser mas importante; yo no pretendo hoy mas que apuntar algunas observaciones sobre esta nueva ciencia que los moralistas deben profundizar. Academias hay en España, y académicos con narices de todos calibres, desde la mas académica hasta la de patata y de pico de loro, que pueden prestar un gran servicio á la humanidad con solo estudiar en sus sesiones las narices de sus compañeros. El dia que todos nos miremos á las narices, aquel dia seremos felices; es decir, seremos desgraciados, porque nos conoceremos unos á otros perfectísimamente.

Hay varias categorías que establecer en la nariz, clases muy distintas, en las que conviene colocar cada nariz que pueda presentarse, desde la nariz chata y corta, hasta la nariz simplemente dilatada que se ostenta en algunos rostros como escrescencia tuberculosa.

—¿Y yo no tengo nada? dijo doña Sebastiana.
—Sí; una dama de la corte.
—Estará V. en carácter, añadió el barba; y volviéndose á mí, me dijo con su eterna risita:—Ya se sabe, para cortesanías, doña Sebastiana.
—¿Y quién hace el rey? pregunté.
—El señor; y D. José señaló al galán de carácter.
—Rey... de copas, murmuró el barba.
—Y V. ¿qué papel tiene, D. José?
—El conde-duque, un traidor muy bueno.
—Si fuera malo, lo haria yo, me dijo el barba; pero como aquí lo bueno es D. José, ahí ve V.... ¡Cómo ha de ser!
—Tengo aquí un parlamento, dijo D. José, que ha de producir mucho efecto, pero es preciso hablarlo muy bien.
—Pues hágase V. cuenta que el drana truena, volvió á decirme el barba.
—¡Oigan VV! y D. José comenzó á leer, declamando,
—¡Oh! mi conciencia tirana me grita ya sin piedad;
—No gritará tanto como tú, murmuró el barba.
«Tu has hecho á S. M. una partida serrana.
—Hombre, continuó el barba, qué bien le cuadra eso á don José. A mí me ha hecho ya mas de cuatro, y á V. se la hará el mejor dia.
Por tí la esposa querida perdió el amor á su esposo,
—¿Qué dirá á esto el marido de la dama jóven? murmuró la característica.
Por tí acaso el rey celoso armará un brazo homicida.»
—D. José puede vivir descuidado, contestó el barba; el celoso de aquí no le dá tan fuerte.
«Eres monstruo de ambicion y de soberbia y de orgullo.

La forma de la nariz, su anchura, su longitud, su estension están siempre en razon directa de las facultades intelectuales del individuo.

Sentados estos principios, veamos las aplicaciones: *La nariz chata.*—Es la nariz de Sócrates, de Esopo; es la nariz filosófica.

Existe una subdivision de la nariz chata: la nariz de patata, que es eminentemente filosófica. El hombre con nariz de patata no se rie nunca, y tiene gran predisposicion á la ictericia.

La nariz de montaña es la que tiene esta figura: ordinariamente tiene igual estension que la boca. Entre los frailes habia muchas narices de esta clase; hoy son propiedad de los sacristanes. El hombre dotado de una de estas narices figurará siempre dignamente delante de una mesa bien servida; beberá mucho y pensará poco; será mas aficionado á una botella de vino añejo que á un poema épico, y á una buena racion de lengua esto-fada, mas que á una recepcion de la Academia de la lengua sin estofar. La nariz gorda, monstruosa, vista en su aspecto natural, sin modificacion, es el tipo de la imbecilidad: la nariz gruesa un poco modificada, ya en el tamaño, ya en la configuracion, es, por el contrario, el tipo de lo que existe de mas fino y desarrollado en las atribuciones de la inteligencia humana. La nariz gruesa puede ser larga, y esta es la nariz de la poesia, de la intriga, de la astucia; la nariz intelectual por excelencia.

La nariz larga.—Aristophanes tenia la nariz desmesuradamente larga. Se dice de Plauto que los chicos corrian por la calle detrás de él, burlándose de sus narices en sus narices. Racine, Boileau, Quevedo, Moliere, son narices modelos en este género. Walter Scott y Schiller, en Inglaterra y en Alemania; Victor, Hugo y Lamartine en Francia, vienen á confirmar la verdad de nuestro aserto.

Todo el mundo conoce, á propósito de narices largas, las de Luis XI y Machiavelo, y otras narices históricas que prueban que si la nariz larga es la nariz poetisa, tambien es la de la astucia y la mala fé. Tengan VV. cuidado con las narices largas, pero no desconfíen VV. menos de las narices chatas.

Después de estas categorías principales se pueden hacer subdivisiones hasta lo infinito; he aquí algunas: la nariz que desde la raiz empieza á formar una curva pronunciada, indica el carácter de los hombres llamados á hacer grandes cosas ó grandes desatinos. La nariz

—¡Ni pintado! dijo doña Sebastiana.
—Tiene mas que D. Rodrigo en la horca, añadió el barba.
Y el rey se durmió al arrullo de tu inmunda adulacion.»
—Aquí es V. el rey, Sr. D. Marcos, me dijo el barba.—¡Cuidado con dormirse arrullado por D. José!
—¿Has pensado en tu delirio una corona obtener!
—¡Ya lo creo! ¡su dinero le cuestan las que le echan! dijo la característica.
Y al rey has ido á poner la corona del martirio!
—Sí, y nosotros tambien, contestó el barba.
Quizás cuando te parezca que á ceñir la tuya vas, entre un pueblo te verás que te insulte y escarnezca.
—Justo, cuando concluya el drama, dijeron al mismo tiempo los dos ángeles malos de la compañía, el barba y la característica.
—Pues todo el drama es así, dijo D. José; hay tres papeles de empeño: el conde-duque, el rey y su hija.
—¿Ven VV? dijo la madre de la graciosa; ¡y los demás no son hijos de Dios.
—Se dispuso el paso de papeles para el dia siguiente, y se levantó la sesion.
Llegó el dia de la representacion, primera de mi empresa y 490 de *El hombre de la Selva Negra*. El primer actor me habia asegurado que tendríamos un lleno, pero lo que yo le puedo asegurar á V. es que tuvimos un vacío, desgracia que no se explicaba mi hombre, siendo él el de la *Selva Negra*; pero que yo me espliqué perfectamente recaudando 2,000 rs. y desembolsando 4,060 para cubrir el presupuesto.
(Se continuará.)

perpendicular, nariz griega, anuncia una constancia á toda prueba; esta nariz es sumamente rara en las mujeres. — Una nariz pequeña, aunque sea irregular, es señal de timidez; y la nariz muy estrecha indica una gran energía, tan grande como poco duradera. Dios nos guarde de estas narices.

La nariz remangada es señal de travesura y osadía. Entre las mujeres hay muchas narices de estas, y alguna de ellas es capaz de cambiar las leyes de un imperio y de hacer al hombre mas listo mas tonto que andar á pié.

La nariz aguileña es señal de un talento superficial, de un carácter desigual é irresoluto; las narices en forma de apagador son propiedad exclusiva de las devotas hipócritas, de las curiosas entrometidas y de los presbitistas usureros.

La teoría de la nariz, como se comprenderá fácilmente despues de leer estos apuntes, sería una teoría fecunda; una ciencia usual, por decirlo así, cuya aplicación ofrecería incalculables ventajas. Venga, pues, un genio que la popularice, que la señale reglas, y este genio habria hecho un gran servicio á la humanidad; ó al menos cambiado la faz de la humanidad entera; por que será una grande y sublime revolución la que se verifique el día en que cada cual pueda juzgar de qué pié cojea el prójimo, con solo mirar al prójimo á las narices.

GASCABELES.

Quando veais un hombre y una mujer que van hablando bajo cierta animacion que indica el poco acuerdo en que están, que delante de gentes hablan él de los defectos que tiene ella, y ella de los que tiene él, tened por seguro que son marido y mujer.

Si veis en un coche un hombre y una mujer muy serios y silenciosos y que cada uno mira por su lado, no dudeis que son mujer y marido.

Si al lado de una mujer bella, cuya agradable presencia atrae las miradas y la atencion de todos, veis un hombre distraído, poco entusiasmado con los encantos de su compañera, tened por seguro que este es marido de aquella.

ADIVINANZAS.

¿Qué es lo que hace igualmente hermosas á las mujeres?

—¿Por qué vamos á la cama?

—¿Por qué compramos botas nuevas?

—¿Qué diferencia existe entre Salomon y Mr. Rostchild?

—¿Qué es lo que Dios no ve nunca, un rey rara vez y un ciudadano á toda hora?

—¿Qué es lo que se pone sobre la mesa, se corta y no se come?

Nos ha contado un sastre que viste, aunque muy de tarde en tarde, á un avaro que, siempre que le toma medida, observa que el tal avaro contiene la respiracion creyendo que de este modo necesita menos paño para cada prenda.

Un ministro cesante, á quien guarde el Eterno, al verse sin destino, en cuanto á casa vino echó de casa al ama de gobierno.

De aquí declaró yo por consecuencia que un cesante tambien tiene conciencia.

Preparase para principios del mes próximo una publicacion en extremo curiosa, útil y divertida, cuyas condiciones pondremos en conocimiento de nuestros lectores; estamos seguros de que esta obra está llamada á alcanzar felicísimo éxito.

Se titulará: «La cosa pública, Apuntes para la Historia cómica, trágica, política, social y literaria del año 1864.

La Nacion española ha desaparecido. He aquí un cataclismo que á nadie ha sorprendido.

Con los seductores titulos La mujer adúltera y Memorias de Satanás, se anuncian dos novelas que, aunque no se han publicado todavia deben haber sido leídas ya por varios periódicos que hacen extraordinarios elogios de ambas, pues de otro modo no comprendemos que se

elogie lo que luego puede resultar soberánamente malo. Cuando estas novelas estén concluidas, prometemos decir lo que nos parecen realmente.

Tan solo por oírle á Juan Marrazo le dieron el domingo un garrotazo. Lector, con cierta gente, es hablar y callar inconveniente.

Don Ramon es insufrible. Esta es una comedia estrenada en Variedades. El estudiante novel, estrenada en el mismo teatro, es mejor. En este teatro se ha representado una comedia que se titula Doble emboscada. Aunque lleva este título, la tal comedia no es de costumbres políticas.

El Valenciano pide que se establezca en aquella capital una escuela de náutica. Y nosotros pedimos que se dé la dirección de esta escuela al señor Amador de los Rios.

Para hacerle callar á Juan Tomiza le dieron el domingo una paliza. Por mas que diga y haga tu vecino, debes callarte tú como un pollino.

La Almoneda del Diablo, comedia de magia, ha sido muy bien puesta en escena en el teatro del Circo. El señor Miguel está verdaderamente inimitable, que tan inimitable puede ser lo muy bueno como lo que no es bueno.

El baile El cucuyé es muy bonito; dá grima y algo mas verlo.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

Las que somos talladitas, como quien dice jamonas, tenemos que votar siempre, señores, por la reforma.

La señora de siempre.

Un amigo nuestro muy ilustrado, asistia dias pasados á la boda de un sobrino suyo. Terminada la ceremonia y la misa, y cuando ya se disponian á salir todos, se acercó á uno de los convidados, y le dijo:

—Diga V., ¿el duelo se despide en la Iglesia ó en el cementerio?

—D. Matías, mi mujer ha parido.

—¿Un chico?

—No, señor.

—¿Una chica?

—¡Caramba! ¿Cómo lo sabe usted?

—Maestro, tómeme V. medida del pantalon azul.

—Ya está.

—Pues ahora, tómeme V. medida de otro negro.

Un perro en esta villa, por andar sin bozal como morcilla. Todos somos mortales; señores, á ponerse los bozales.

La señora de siempre, nuestra ilustrada y anónima colaboradora, nos ha remitido ocho charaditas, que insertaremos en ocho números siguientes. Damos gracias á esta señora que, segun tenemos entendido, lo es de cuenta; es decir, señora de campanillas.

En el estado sanitario que publican los periódicos, se asegura que el temporal ha estado revuelto. ¿Ya lo crees?

De cierto pedicuro (estirpador de callos es mas claro) dicen los periódicos: «cuyas manos conocen ya todos los piés aristocráticos de la corte.»

Nosotros vamos á encomendarle los nuestros, aunque no son aristocráticos, para que nos los ponga listos.

La sociedad de baile El Paraiso vende todos sus muebles y efectos. Si estos hablaran, contarían buenas cosas. Al anuncio de la venta de todos los muebles que ha-

bia en el Paraiso, parece que se han alarmado muchos Adanes y muchas Evas, á quienes siempre se encontraba allí. Parece que se ha prescindido de estos muebles, suponiendo que tendrán poca salida.

CHARADITA.

La primera pertenece á la historia, lector mio; la segunda y cuarta tocó á nadie puede impedirlo; segunda y tercera nombre es de un partido político; y segunda, tertia y cuarta se llama un animalito si le quitas un acento; tercera y cuarta no soy, y por solo este motivo cuarta y segunda no tengo; si alguna zarzuela escribo, un cuarta, tertia y segunda he de poner muy bonito, aunque es cuarta repetida el público, y yo muy tímido, y te soy franco, lector, le tengo un miedo supino; tercera y segunda es cosa que yo respeto muchísimo, como que es cosa sagrada; y el todo, lector benigno, es un ministerio esdrújulo, que te gustará de fijo.

ALMANAQUE

CÓMICO-PROFÉTICO

DE EL CASCABEL.

Ya se ha puesto á la venta y empezado á repartir en Madrid y remitir á provincias este librito, que se regala á los suscritores que hayan renovado ó renueven su suscripcion por tres meses, y á los nuevos que se suscriban por el mismo tiempo.

Los de provincias remitirán un sello de cuatro cuartos por el porte del Almanaque, al hacer el pago de su suscripcion.

El Almanaque contiene en el orden que á continuación se espresa:

- El Santoral completo.
Juicio del año, por D. Carlos Frontaura.
Ellas y ellos, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
De un drama inédito, por D. Tomás Rodríguez Rubí.
Mujeres, por D. Narciso Serra.
Vamos á cuentas, por D. José Selgas.
De una comedia, por D. Luis Mariano de Larra.
Simpatías, por D. Francisco Camprodon.
Antes, ahora y despues, por D. Antonio Arnao.
De mi cartera, por D. Cecilio Navarro.
Los hombres políticos.
Profecías Cómicas, etc., etc.
Guia del forastero en Madrid.
Consejos higiénicos.

Se venderá á 2 rs. únicamente á los compradores de EL CASCABEL que presenten alguno de los números de este periódico que tengan la fecha del mes de enero.

Para los no suscritores ni compradores 3 reales en Madrid y en provincias.

A los libreros de provincias, en llegando el pedido á 12 ejemplares, se les darán con un 20 por 0/0 de rebaja.

Por lo contenido en este número. F. Perezgua.

Editor responsable, D. Francisco Perezgua.

Imprenta de Manuel Miquea, calle de Juanelo, núm. 49.